

• EN EL PRIMER CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE LA ANESTESIA ⁽¹⁾

por el

Dr. Ramón Citoler Sesé

“... cuando sea necesario operar a esos pacientes, les ataremos a una mesa y les sujetaremos firmemente a fin de que podamos ver con exactitud lo que hacemos.”

EL anteexpuesto párrafo puede leerse en la obra de los “Cuatro Maestros”, impresa en Salerno en el año 1270, titulada “Glosulaequatour magistrorum super Chirurgium et Rogeri et Rolandi”, y escalofría pensar la crueldad que encierra. Crueldad necesaria e inevitable, pues si bien eran desconocidos los medios de atenuar o suprimir el dolor, era necesario actuar quirúrgicamente para arrebatarse a la muerte el mayor número de vidas.

Es posible imaginarnos lo que en tales pretéritos tiempos de la Cirugía sería una operación quirúrgica, sin más medios que lo que, en términos jocosos, denominamos “aguantofor-mo”. Porque, en relación con los adelantos de tan lejanos días, los cirujanos no eran menos audaces que en la actualidad. Se efectuaban las más cruentas y difíciles operaciones sin otros conocimientos que los empíricos.

Por esto, discurrendo sobre las comparaciones que con los tiempos actuales pueden hacerse, no podemos por menos que elevar en nuestro inter-nos un monumento a los descubridores, propagadores y modificadores del más grande acontecimiento de todos los tiempos que escribió, junto con el descu-

(1) El nombre de anestésico lo sugirió el Dr. (médico-poeta) Oliverio Wendell Holmes en el año 1844.

brimiento de Lister, una página de oro en la Historia de la Cirugía. Nos referimos a *la anestesia*.

Si “Sedare dolorem opus Divinum ets”, ¿cómo no pensar en que lo Divino fué lo que aguzó los entendimientos de Wells, Simpson, Liston, Morton, etc.?

Que, como don divino, habría de traer sobre la humanidad doliente este progreso, que sería el más grande avance para las ciencias médicoquirúrgicas.

Que, como don divino, ponía en nuestras manos el arma más maravillosa, asombro de las gentes, que despierta sentimientos de agradecimiento en los desgraciados dolientes.

Que, como don divino, nos encumbra, al poder dominar netamente al azote más temido por los seres vivientes: *el dolor*.

Y que, en fin, como don divino, tendría un solo camino y fin: el de hacer bien. Cualidad que le distingue entre todos los descubrimientos: que sirven para el Bien y para el Mal.

* * *

Remontándonos a las fechas históricas del descubrimiento de la anestesia, sin entrar en polémicas, más o menos razonadas, sobre su verdadera paternidad, recordaremos que el día 10 de diciembre del año 1844, en Harford (E. U.), un joven dentista llamado Horacio Wells, amigo y socio de Guillermo Morton, dentista también, asistiendo a una de las sesiones de física recreativa que entonces se celebraban bajo la dirección del físico Colton, en la que se intoxicaban algunos de los asistentes para ofrecer un espectáculo regocijante, observó que, al caer del tablado al suelo uno de los intoxicados, se fracturó una pierna y que al despertar de su letargo ni tenía recuerdo del suceso ni había experimentado dolor alguno.

Estas declaraciones no cayeron en el vacío, pues el sagaz dentista Wells las recogió y concibió la idea de aplicar el tóxico empleado (denominado protóxido de nitrógeno o “gas hilarante”) en su consulta odontológica.

Al efecto, hízose aplicar el gas por el mismo Colton, y el Dr. Riggs le practicó una extracción dentaria absolutamente indolora. Después de efectuadas algunas pruebas en su consulta particular, organizó una reunión de colegas y alumnos en el

hospital de Massachusetts, de Boston, en la que, por desconocidas y desgraciadas circunstancias, el experimento ocasionó la muerte del enfermo, lo que le valió a Wells ser despedido en medio de la rechifla e iracundia de los espectadores.

Este inopinado fracaso ocasionó tan grave quebranto moral en la psiquis de Wells, dado su austero y honrado carácter, que, añadido todo ello a la usurpación que de su descubrimiento hizo, en compañía del químico Jackson, su socio Morton, le llevó a la desesperación, suicidándose a lo Séneca, pero dejando plantados los jalones de tan importante descubrimiento y siendo reconocida por la historia la paternidad del mismo.

Fué más feliz Guillermo Morton, de Charlton, tratando de hallar el medio de suprimir el dolor. Quizá porque, desconfiado por el fracaso de su amigo, siguiera caminos más científicos para llegar a colmar sus aspiraciones.

Conoció en Harvard al Dr. Carlos Jackson, el cual le relató las observaciones que había tenido ocasión de hacer en una "ether jag party" (fiesta de la borrachera del éter), en la que los asistentes que lo deseaban se emborrachaban rápida y ligeramente con inhalaciones de éter sulfúrico. Igualmente que Wells, observó Jackson que los que caían al suelo no mostraban señales de dolor al producirse inevitables lesiones.

Enterado de estas manifestaciones, probó Morton el éter en un perro, y luego se lo hizo aplicar a él mismo. Comprobados los efectos, lo suministró a un cliente llamado Eben Frost y le practicó con gran éxito una extracción dentaria.

Pocos días después, en el Hospital General de Massachusetts, con el permiso del doctor Warren, Cirujano del mismo, probó el éter en el pintor Jorge Abbot, al cual había de extirpársele un tumor. Como el Dr. Warren, los estudiantes y el paciente estuviesen preparados y el Dr. Morton no fuera puntual a la cita, comenzó el auditorio a dudar, recordando el suceso de Horacio Wells.

En el momento en que, colmada la paciencia por la dilatada espera, el Dr. Warren se disponía a operar sin anestesia, se presentó Morton, excusándose diciendo que se había detenido en modificar el aparato de inhalación del éter.

Esta sesión operatoria, en la que se extirpó un tumor con absoluta ausencia de dolor, causó gran sensación entre los asis-

tentes, ya que veían cómo el Dr. Warren incindía los tejidos con el bisturí, y el enfermo, sumido en profundo y apacible sueño, no daba señal alguna de dolor. Cuando finalizó la operación, y el Dr. Warren, antes tan escéptico, dirigiéndose a los asistentes, exclamó: “¡Caballeros, esto no es una farsa!”, quedó establecido el principio de una nueva era médica: la que más beneficios había de reportar a la humanidad.

La descrita y sucesivas sesiones fueron creando un favorable ambiente en torno al gran descubrimiento. Y no tardó mucho tiempo sin que, traspasando el océano, fuera puesto en práctica en Europa.

La primera operación que bajo anestesia por éter se practicó en Inglaterra lo fué por el Dr. Liston en el University College Hospital de Londres el 21 de diciembre del año 1846, en compañía del Dr. Guillermo Squire. Se le hizo la amputación de una pierna a un enfermo denominado Churchill. Fué una felicísima intervención, realizada con la celeridad que caracterizaba a la habilidad de tan insigne operador: veintiocho segundos tardó en realizar el acto de la amputación. Como el enfermo no acusara sensación alguna y se mostrase sorprendido al despertar, causó gran impresión en el ánimo del Dr. Liston, ganando la anestesia una nueva batalla en un campo tan amplio y tan importante como era el en que se movía dicho Doctor.

Uno de los Doctores que más preocupábase en abolir el dolor en las operaciones quirúrgicas y que dedicaba muchas de sus horas de trabajo a estudios encaminados a ese fin, practicando el mesmerismo y el hipnotismo, era el Dr. Jacobo Young Simpson, Profesor de Obstetricia de la Universidad de Edimburgo. Todo su afán estaba cifrado en evitar los dolores del parto.

Con el empleo del hipnotismo poco consiguió, pues no era posible, en el acto de parir, desviar la atención de la enferma y hacer que la concentrase en otra cosa.

Puesto al habla con Liston y discutidos los pros y contras, puso en práctica el uso del éter, y el 19 de enero de 1847 se maravilló ante el primer parto que pudo asistir sin dolor.

Gran observador e infatigable descubridor, no se conformó con el empleo del éter, ya que observó los accidentes y

complicaciones a que daba lugar, aparte sus características cualidades: su persistente mal olor, la necesidad de usarlo en gran cantidad, las complicaciones pulmonares, etc.

Todas las horas que tenía libres las dedicaba, en compañía de sus colegas Dres. Jorge Keith y Mateo Duncan, a probar en sí mismos la acción de múltiples líquidos y drogas. Estas experiencias las realizaba en su domicilio, y los resultados de los efectos que las inhalaciones producían en ellos llegaban a inquietar a los vecinos de la casa.

Casi doce meses seguidos trabajó sin desfallecer, hasta que Mr. Wildie le sugirió la idea de que probase el cloroformo, "curioso líquido" que había sido descubierto, independiente y simultáneamente, por los químicos Souberian de Francia y Liebig de Alemania el año 1831. Hasta cuatro años más tarde no fué determinada su constitución química por el famoso químico francés Dr. Dumas. Una muestra del "curioso líquido", espeso y "poco prometedor", le fué facilitada por los químicos de Edimburgo Sres. Duncan y Flockhart. Su aspecto no fué del agrado de los experimentadores, por lo que le tuvieron entre los frascos y papeles viejos de una mesa durante mucho tiempo.

Cuando ya llevaban probados, sin buen resultado, varios productos, en una de las primeras noches del mes de noviembre del año 1847 se acordó de aquella muestra que le habían entregado. En esta decisiva experiencia les acompañaban varios familiares y amigos, que vieron cómo, a poco de inhalar en sendos vasos conteniendo cloroformo, se volvían expansivos los tres doctores; pero se horrorizaron cuando apreciaron que terminaban por decir incoherencias y caer pesadamente al suelo.

El fino instinto científico del Doctor, aun habiendo sido él uno de los anestesiados, le hizo comprender que "aquello" era mejor que el éter en todos sus aspectos. En aquella memorable noche se sumaron al jolgorio que la experiencia producía los demás invitados, y todos conocieron y probaron "las excelencias del cloroformo".

Asombra pensar el peligro que corrieron las vidas de los tres experimentadores, ya que probaron muchísimas drogas y líquidos sin conocer sus resultados, con el loable y humanita-

rio afán de dar con un producto nuevo que produjese la anestesia. Algunos accidentes sufrieron; pero, lejos de arredrarles, les servían de acicate para perseverar en sus experiencias.

Inmediatamente utilizó el Dr. Simpson el cloroformo en una paciente, esposa de un médico, y fué bautizada la niña, nacida sin dolor para su madre, con el nombre de Anestesia.

Fué el 15 de noviembre del año 1847 cuando públicamente se practicó la primera operación quirúrgica bajo anestesia en Inglaterra, consistente en la extirpación, casi total, de uno de los largos huesos del antebrazo a un niño de cuatro años. Tan grande fué el éxito obtenido que inmediatamente fueron efectuadas dos graves operaciones con el mismo buen resultado.

Tan sólo habían pasado dos años desde que Horacio Wells descubriese la anestesia por el gas hilarante y uno desde que Morton, su colega, hiciera la primera extracción dentaria bajo anestesia general al paciente Eben Front. Tal ansiedad existía por encontrar un medio de suprimir el dolor en las operaciones quirúrgicas que, en tan poco tiempo, el esfuerzo de los investigadores consiguió ver culminada obra tan humanitaria.

La lucha contra el dolor había terminado, siendo vencido para siempre por la tenacidad, el estudio, el valor y la perseverancia del rey de la Tierra: *el hombre*.

* * *

Hay historiadores que en sus comentarios pretenden arrebatarse las primicias del descubrimiento de la anestesia a Wells y Morton. Como más adelante decimos, ha habido doctores que han empleado medios más o menos científicos, con resultados dispares, para atenuar el dolor, antes de que Wells hiciera su observación; pero no puede decirse que ellos deban ser los depositarios de la paternidad del descubrimiento, ya que sólo se tiene hoy por anestesia general el medio descubierto por los citados dentistas. Después, multitud de variaciones, hijas del ingenio, del infatigable ingenio humano, se han añadido a los primeros descubrimientos, con las que se ha conseguido localizar la anestesia a territorios limitados.

Los profesionales odontólogos experimentamos la íntima satisfacción de saber que fueron dentistas sus directos descu-

bridores y propagadores y de que fué una extracción dentaria la primera operación que se realizó bajo la acción del sueño narcótico.

Como herencia científica, hemos recogido las exquisiteces de tan maravilloso descubrimiento, elevándolo a la categoría de "imprescindible" (en su variación local) en toda intervención dentaria: desde la simple preparación de una cavidad en una "extensión preventiva" hasta la extracción indolora de una pieza afecta de periodontitis. Que así como nosotros poseemos la fina sensibilidad de sentirnos en todo caso pacientes, para evitar dolores innecesarios, parece como si el público profano supiera que somos depositarios de aquella herencia de Wells y Morton, pues no hay dolientes más meticulosos y exigentes que los enfermos de boca, estimulándonos en nuestro trabajo hasta conseguir la total ausencia de dolor en la intervención.

* * *

Los más extraños y empíricos medios utilizaron los antiguos médicos para llegar a conseguir la total abolición del dolor, sin obtener otros resultados que disminuirlo en muy pocos casos.

Relata Pien Chiao (300 años antes de J. C.) que le visitaron como clientes Chao y Lu para que les practicara una operación quirúrgica. Les suministró una bebida tóxica y perdieron el conocimiento por tres días. Dice el nombrado Doctor que los operó de gastrotomía y exploró el corazón, quitando e intercambiando los respectivos órganos; luego les dió una droga maravillosa y volvieron restablecidos a su casa... Si al relato de su anestesia por una bebida tóxica debemos conceder el mismo crédito que a su operación quirúrgica de homoinjerto de órganos y al maravilloso restablecimiento de sus enfermos, no podemos por menos de aceptar que Pien Chiao no fué el descubridor de la anestesia.

Pero a través de este sugestivo relato podemos comprender que, desde los albores de la civilización, el mayor afán de los hombres de ciencia se cifraba en atenuar o suprimir el dolor.

Había doctores que fijaban a sus enfermos con fuertes cuerdas y les recomendaban que se encomendaran a Dios para

poder soportar los atroces dolores que les esperaban. Todo lo que entonces se podía hacer era ser muy hábiles y rápidos en el acto operatorio. La medida de la habilidad operatoria de aquellos cirujanos se medía por segundos de tiempo.

Los pueblos primitivos utilizaban las más extrañas mixturas para insensibilizar al paciente, las cuales sólo eran eficaces en sus dosis letales.

Los cirujanos romanos oprimían ambas carótidas contra la espina dorsal, isquemando profundamente el cerebro, lo que, si bien producía un estado de inconsciencia, daba lugar a lesiones necróticas del cerebro con parálisis consecutivas. También apelaban a la sangría ininterrumpida hasta la pérdida del conocimiento.

Muchas drogas se utilizaron para anestesiar; pero la que más se empleó y resistió los embates de la crítica fué la mandrágora.

En el libro del Génesis (cap. XXX, v. 14) dice Raquel a Lía: "Dame, te lo ruego, de las mandrágoras de tu hijo", y en el año 11 de Cristo, Dioscórides cirujano militar, del ejército de Nerón, recomendaba que se diera vino de mandrágora antes de "cortar o de quemar".

Hasta el siglo XVI fué popular la mandrágora, en cuya fecha se empezó a intoxicar a los enfermos con alcohol u opio, pero siendo más frecuente el empleo de las cuerdas y de los forzudos ayudantes para tener perfectamente inmovilizado al sufrido enfermo.

El día 23 de mayo del año 1734 nació en Ignanz Francisco Antonio Mesmer, que a los treinta y un años obtuvo el título de médico. Dedicó diez años al estudio del magnetismo animal, utilizándolo en el tratamiento de las enfermedades hísticas y aplicándolo a la cirugía, con la pretensión de aliviar o evitar el dolor, constituyendo el sistema llamado "mesmerismo", que, junto con el hipnotismo, fué posteriormente empleado por eminentes doctores sin resultados alentadores.

Sin que se emplearan como anestésicos en el sentido lato de la palabra, se empezaron a usar los gases (oxígeno, hidrógeno, bióxido de carbono) para el tratamiento de algunas enfermedades por el Dr. Beoddes el año 1793, método que, si bien logró bastantes adeptos en los primeros momentos, hasta

el punto de que se llegó a fundar en Bristol el Instituto Médico Pneumático, no fué lo suficientemente eficaz para que Beoddes pasara a la posteridad como descubridor. Pero con su ayudante Hunfredo Davy y su colega Jacobo Watt no sucedió lo mismo, pues el primero, siguiendo normas de su maestro, estudió las propiedades del gas hilarante o protóxido de nitrógeno. Davy ya escribió entonces: "En su calidad de protóxido de nitrógeno, parece capaz de matar el dolor físico, y aun podrá emplearse con ventaja en las operaciones quirúrgicas". La obra de Davy no fué tomada en consideración y se dejó caer en el más lamentable de los olvidos.

Lo mismo sucedió con un trabajo escrito por Enrique Hill Hickman el año 1824, médico de Ludlow, titulado: "Carta que trata de la paralización del movimiento, conteniendo experimentos que demuestran que puede ser empleado sin riesgo durante las operaciones sobre animales, con vistas a asegurarse de su probable utilización en las operaciones quirúrgicas hechas a los seres humanos".

Desgraciadamente, en aquellos tiempos, o se leía poco lo que se escribía, o la observación de los lectores era nula, o, en fin, la envidia (malhadada pasión, nacida con el primer hombre) no permitía ver y aceptar los adelantos que los demás traían prendidos en sus excelentes dotes de hombres inquietos, rebeldes a esa pasividad ante lo que se consideraba fatal.

Se hicieron en diversas épocas múltiples pruebas con el mesmerismo y el hipnotismo; pero fáci'mente nos será comprender hoy la insuficiencia de tales medios anestésicos para ser utilizados en operaciones de tal envergadura como las que se citan, practicadas por Cloquet en 1829, que—dice—extirpó un cáncer de mama de una mujer hipnotizada; y Ellioston en 1843, y dos años más tarde Esdaile en la India, que utilizaron el hipnotismo sistemáticamente.

Digno de cita es el dato histórico que nos dice que el primero que empleó el éter como anestésico fué el Dr. Crawford Long, de Atenas (Georgia). Se dice que fué el día 30 de mayo del año 1842 y que todavía existe la factura en la que cobra dos libras por la operación y 25 centavos por el éter!... Y se dice también que como entonces también las comunicaciones eran deficientes, se tardó mucho en propagar tal acontecimien-

to, lo que dió lugar a Morton para poder hacer su pública demostración, abrogándose la prioridad del descubrimiento en medio de las desatendidas protestas de Long.

Parece ser que Long conocía los estudios de Davy (antes citado), y ellos le inclinaron a usar el gas éter como anestésico. Y que sus experiencias no pasaron de ser hechas en casos de operaciones muy leves y sencillas (sajaduras, etc.).

Diecinueve años más tarde reivindicó su nombre el Doctor Jackson, reconociéndolo como el verdadero descubridor de la anestesia, reivindicación que fué apoyada y autenticada por el gran ginecólogo americano Dr. Marion Sims. La labor de éstos logró que le fuera erigida una estatua en el Capitolio Nacional de Wáshington.

Fuere lo que fuere, el hecho es que nuestros colegas tuvieron la suerte de hacer llegar al medio ambiente científico la magnitud de tan grande acontecimiento, reconociéndoles la Historia como los descubridores de la anestesia, condición que, por otra parte, nadie les regatea.

Como suede, desgraciadamente, con todo aquello que, teniendo un valor indiscutible, viene a revolucionar métodos y tendencias, el magno descubrimiento levantó tal polvareda de discusiones y se erigieron en su contra tal número de detractores, que Simpson tuvo que hacer frente a gravísimos disgustos y contrariedades.

El primer alegato en que fundaban sus diatribas era el de que la anestesia aumentaba la mortandad postoperatoria, las hemorragias postpartum, las parálisis, las convulsiones, las neumonías, etc. Blandió Simpson la fuerza de las estadísticas y probó que tales acusaciones eran inexactas, aun siendo entonces el porcentaje de muertes bastante elevado, pues se desconocían técnicas hoy perfectamente dominadas y los productos químicos no se obtenían con la debida pureza.

También se alzó la voz de la moral, y uno de los moralistas escribía: "Que él no creía que ninguno de los cirujanos de Dublín hubiera hecho uso jamás de anestésicos en los partos; que, por el contrario, iba en aumento el sentimiento de oposición a usar, en los casos normales, aquel medio de evitar un dolor que el Todopoderoso—con su indudable sabiduría—

juzgaba oportuno enviar para facilitar la labor del parto, y que él se adhería a ese sentimiento.”

Simpson, tomándolo a broma, contestó: “Que él no creía que en Dublín se hubieran usado nunca carruajes como medio de locomoción; que, por el contrario, debía ir en aumento el sentimiento de oposición a usar un medio de evitar la fatiga que seguramente el Todopoderoso—con su indudable sabiduría—juzgaba oportuno dar a los mortales para moverlos a andar de manera natural, y que él se adhería a ese sentimiento.”

Derrocadas las oposiciones científicas y morales, se alzaron, por último, las religiosas, suprema arma que habría de ejercer gran influencia sobre los espíritus y que, de haber prevalecido, hubiera hecho dar un salto atrás a descubrimiento tan noblemente humanitario, que hoy no admite discusión en ningún caso.

Los contrarios se apoyaron en un versículo del Génesis (cap. III, v. 16) que dice: “A la mujer le dijo: “Multiplicaré tus pesares y tu concepción; parirás con dolor.”

Con el versículo 20, capítulo II replicó Simpson: “Y el Señor hizo de manera que sobrecogió a Adán en un profundo sueño y se durmió; y El tomó una de sus costillas y le cerró la carne de ella en su lugar.”

Inmediatamente, sin dar tiempo a más réplicas, publicó el famoso folleto: “Respuesta a las objeciones religiosas que se hacen contra el uso de los agentes anestésicos en la obstetricia y en la medicina”, el cual encabezó con estos dos versículos:

“Dios es bueno para todas las criaturas y no rehusa nada si se recibe con agradecimiento.” (I Timoteo, cap. IV, v. 4.)

“Por lo tanto, aquel que sabe cómo hacer bien y no lo hace, comete un pecado.” (Santiago, cap. IV, v. 17.)

Poco a poco fué venciendo Simpson todos los ataques, y sólo después de seis años de tenaz lucha, con las armas de la verdad y el convencimiento por hechos tangibles en la mano, ganó para bien de la humanidad tan descomunal batalla. Seis años después de aquella noche célebre de la anestesia de sus amigos, ayudantes y él en su casa de Queen Street.

En este tiempo recibió un día una carta del Dr. Sir Jacobo Clark, médico oficial de Su Majestad la Reina Victoria, en la que le decía:

“La Reina ha tomado el cloroformo en su último parto, sin aplicarle tanta cantidad que quedara insensible, ya que, durante todo el tiempo, se empleó solamente una onza de cloroformo. Su efecto ha agradado mucho a Su Majestad, quien jamás se ha restablecido mejor de un parto.”

Así nació el Príncipe Leopoldo en abril del año 1853 y obtuvo el cloroformo, y con él la anestesia, su definitiva victoria.

* * *

De manera sucinta hemos transcrito un resumen de la historia del descubrimiento de la anestesia, como humilde homenaje (por salir de nuestra pluma) a aquellos beneméritos varones en el cien aniversario de la primera experiencia.

Asombroso, entre todos, es este descubrimiento, que ha liberado a la humanidad de su más terrible enemigo, salvando vidas sin cuento al suprimir los choques emotivos que los enormes dolores de las antiguas intervenciones producían.

Los seres humanos tenemos contraído un deber de gratitud para con todos aquellos beneméritos hombres de ciencia, que, unos con su intuición, otros con su perseverancia, otros con su experiencia y otros, en fin, con su buena estrella, contribuyeron a que fuera un hecho real el uso de la anestesia en todas sus actuales formas.

Si analizamos el alcance de las bondades que implica esta adquisición, veremos que sólo para el Bien fué creada. Muchos y maravillosos descubrimientos son los que el hombre ha hecho, pero ninguno puede compararse con éste. Todos pueden ser puestos al servicio del Bien en momentos adecuados, y no cabe duda que han reportado grandes ventajas; pero de la misma forma que pueden ser favorables, pueden no serlo en determinados momentos.

La anestesia, no. Sólo sirve para prodigar el Bien y no puede emplearse en otro sentido, tanto en la paz como en la guerra.

Siendo así, siendo de cualidades tan bienhechoras, no podemos por menos que aceptarla como obra divina, que, siendo divina, no podía ser de otra forma.